

de prolijidades, niñerías y digresiones». Bacarisse caracterizó a su novela como «relato erótico-burlesco» y en ella pretende demostrar, por vía narrativa, tres o cuatro puntos fundamentales para toda la generación: la supremacía de la sugestión verbal, la superioridad de los mitos de la realidad y de los mitos de la fantasía, y la afirmación de que el amor material es lo menos material que hay en el mundo.

Narración no lograda, sí puede considerarse como típica de este tipo de narraciones, con pesada carga divagatoria y total carencia de interés por lo humano.

Antonio Espina publicó dos novelas solamente: *Pájaro pinto* (1926) y *Luna de copas* (1929) y ambas en la colección de la *Revista de Occidente*, «Nova Novorum». En un retrato-caricatura que le hizo Juan Ramón Jiménez en 1928, quedaba bien definida la imagen de nuestro escritor: «Humor misterioso, desenfadado, agudo, que corre por ciertas venas de la gran hoja de nervios rojos de España, en el que Espina ha sido el segundo, el primer segundo. Costumbrismo de cinco pies, tomadura de pelo del chocolate al loro; ese salirse del comedor burgués por la claraboya, la chimenea, la gatera, el ojo de la llave, la cafetera rusa, por donde sea posible».

Es cierto que durante aquellos lúdicos años, Antonio Espina bulló mucho y militó, valientemente y en vanguardia, en el arte nuevo. Llevado de ese fervor, aplaudió en 1929 y 1930 *Félix Vargas* y *Superrealismo*, dos innovadores libros novelescos del viejo Azorín, del mismo modo que años antes había denigrado al maestro Galdós, llamándole «novelista de y para la clase media». Biógrafo de Luis Candelas, entre otras brillantes muestras del género, se ha dicho, y yo creo que con razón, que probó y demostró más arte de novelista en este género que en sus obras narrativas propiamente dichas.

En cuanto a su obra dicha, tan escasa por otra parte y tan antigua, pues nunca volvió al género, *Pájaro pinto* es un conjunto de seis relatos, de los cuales solamente dos, «Xelfa, carne de cera», y «Bi, o el edificio en humo» tienen alguna, aunque mínima consistencia narrativa. El resto, como las narraciones de la generación, no deja de ser juego ingenioso y metaforismo brillante, como si quisiera dar por buena su brillante frase: «el que ama la paradoja en ella se quema».

En cuanto a *Luna de copas*, puede decirse que existe una muy fina trama argumental, sobre la que se divaga sin cesar y donde el imaginismo se persigue de un modo casi automático e incluso las mismas palabras suelen querer ser simplemente imágenes.

Antonio Espina, como dijimos, no volvió jamás a escribir novela alguna y es significativo que *Luna de copas* coincidiera casi con la aparición de lo que Díaz Fernández, curiosamente compañero de Espina en una publicación, *España Nueva*, llamó literatura de avanzada.

No habría que olvidar a Juan Chabás, ya citado como crítico, pero que como narrador deja una obra corta, pero nada desdeñable. Sobre todo *Agor sin fin* (1930), que prometía una interesante personalidad novelística, pero que, quizá por las condiciones en que tuvo que desarrollar su vida, en el exilio, no llegó a cumplir.

Igualmente Antonio Porras, periodista y ensayista, cuya producción fue intensa en la década de los veinte. De entre sus novelas destacaríamos *El centro de las almas* (1928), de tendencia, como toda su producción, muy intelectualista.

Asimismo Claudio de la Torre, escritor polifacético, canario, que publicó en 1924, *En la vida del señor Alegre*, que narra las desventuras de un inglés en Sevilla.

Novelista de vanguardia y deshumanizado fue también el menorquino Mario Verdaguer que en su última novela aparecida en 1934, aunque el autor vivió hasta 1960, titulada *Un intelectual y su carcoma*, especie de testamento literario y político que refleja, dentro de un verdadero caos, el estado moral de muchos de estos escritores generacionales.

Podría citarse igualmente a Ángel Valbuena Prat, catedrático de literatura y autor de un popular manual de historia de la literatura española, que ensayó la novela en dos obras de juventud: *Teófilo* (1926) y *2 + 4* (1927), dotadas ambas de un lírico lenguaje expresivo así como retratos interesantes del ambiente literario de aquellos años.

Muchos más nombres podrían añadirse, pero tenemos que fijar nuestra atención en Pedro Salinas, poeta fundamentalmente, pero que ensayó la narración con mucha dignidad en *Víspera del gozo* (1926) y que más tarde, en su definitivo exilio americano, continuaría con *La bomba increíble* (1950) y *El desnudo impecable* (1951), aunque en un sentido mucho más humano.

No quisiera dejar en el tintero un nombre ya citado como vanguardista, el director de *La Gaceta Literaria*, Ernesto Giménez Caballero, que con *Yo, inspector de alcantarillas* (1927) se suma a esta generación de narradores, casi todos ellos de muy corta obra novelística. Mas lo cierto es que estas narraciones cortas que componen el libro, gozan aún hoy de una frescura irracionalista, que las hace actuales, debido sobre todo al talante literario con que están compuestas.

Y quiero dejar para lo último un trabajo poco conocido de Bergamín, como casi todos los suyos, con la excepción de que en este caso se trata de una narración corta, *El tostadero de don Patricio*, subtitulada, muy bergaminescamente, «humorada política y humorada poética», que, aunque publicada en 1953, mantiene rasgos narrativos muy generacionales: ensayismo e intelectualismo, y que nos recuerdan muchas de las novelas cortas de Max Aub publicadas por esos años en México.

Y para terminar, una breve nota sobre lo que ha dado en llamarse, muy impropriamente, como «otra generación del 27».

Generación, o más bien grupo, que tiene su éxito también en muy corto espacio de tiempo, del 30 al 36, y que con antecedentes novelísticos claros como el de Ciges Aparicio y aún de Blasco Ibáñez y el Baroja de *La lucha por la vida*, vinieron a considerar la novela como un instrumento para analizar la sociedad y contribuir a transformarla, poniendo al descubierto los mecanismos que perpetuaban y hacían posible el mantenimiento de situaciones opresivas e injustas.

Sus componentes, Benavides y Arderius, eran autores que ya habían publicado varios títulos, estando considerado el segundo (hay textos elocuentes al respecto de Cansinos Asséns y Díaz Fernández) como el escritor más prometedor de toda la generación. Practicaban ambos una literatura bastante confusa, ideológica y estéticamente, de raíces eróticas y autobiográficas. Sin embargo, los dos supieron hacer suyo el nuevo estilo y fueron capaces de escribir obras notables, algunas de las cuales —por ejemplo, *Un hombre de treinta años*, de Benavides, donde se expone perfectamente todo el proceso evolutivo que experimentaron— deberán siempre tenerse en cuenta al hablar de aquellos años. Arconada puede ser tomado como el exponente prototípico que abandonó las filas deshumanizadas, entre las cuales había sido figura destacada, para pasarse de lleno e imprevistamente al movimiento social-realista. Había adquirido honda experiencia como escritor y dominaba con soltura la técnica vanguardista, que supo incorporar a sus libros, adecuándola al servicio de un contenido distinto. Otros más jóvenes, como Carranque de Ríos, Garcitoral o Sender (los tres nacidos, como Alberti, en 1902), se incorporaron al género con menores contradicciones, pues carecían de obra anterior capaz de condicionarles o que implicase algún tipo de ruptura. Finalmente tenemos el caso de hombres como Zugazagoitia o Acevedo, que provenían de medios netamente obreristas y que siempre tuvieron claro el papel que les correspondía desarrollar como escritores.

Pero lo significativo, lo importante, lo decisivo, es que unos y otros, los primeros con sus ensayos líricos e intelectualizados y los otros, con su realismo crítico, llenaron sendos, y cada uno a su modo, apasionantes capítulos de esa historia sin fin que es la novela española en nuestro siglo, o para concretar: su primer tercio. Y por ello aquí, hoy, hemos recordado brevemente, sus obras y sus nombres.

José Esteban

Comedias y comediantes

TEATRO GOYA

Se estrenó, con éxito, «**Marlana Pinoda**»,
romance en tres estampas, de **Federico
García Lorca**, por la compañía
de **Margarita Xirgu**



Federico García Lorca
y Salvador Dalí